

EL DAIMIELEÑO

SEMANARIO INDEPENDIENTE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EN TODA ESPAÑA

Trimestre, 2 pesetas. Año, 7 idem.

Se publica los Domingos

La correspondencia particular y de relación al Director
AMARGURA, 8.

Director-Propietario

DON ALVARO PINTADO

DAIMIEL 6 DE NOVIEMBRE DE 1898.

ANUNCIOS Y COMUNICADOS
á precios convencionales

CENTRO DE SUSCRIPCIONES

Imprenta de Francisco Espadas López.

ADMINISTRACIÓN

MONESCILLO, 15.

NÚM. 14.

LOS RESPONSABLES

No pretendo disculpar á los gobiernos que en esta desgraciada España se han sucedido en el mando desde hace diez, veinte ó cien años, porque todos, cual más, cual menos, han contribuido á sumirla en la horrible situación en que hoy se halla, sólo comparable al estado calamitoso á que se vió reducido el antes poderoso imperio romano, después de la invasión de los suevos, godos, vándalos y alanos.

Pero es muy cómodo cargar toda la responsabilidad de las desdichas que sufrimos, sobre ellos, siendo así, que en España pudiéramos repetir á cada momento las divinas palabras de Jesucristo, defendiendo á la mujer adúltera de los ataques de los fariseos, escandalizados en el templo por la presencia de aquella mujer pecadora: «Quien esté libre de pecado, que la tire la primera piedra.»

Si; cuando un pueblo degenera; cuando pierde las nobles iniciativas que conducen á su engrandecimiento moral y material; cuando en lugar de unirse fraternalmente, formando grandes asociaciones para fomentar las industrias, las ciencias y las artes, que á la par que lo enriquecen, lo elevan intelectualmente, por lo menos, al nivel de los pueblos más civilizados de Europa, se fomentan en él solamente las discordias políticas y sociales, que nos han conducido á las guerras civiles y coloniales, que nos han empobrecido y desangrado, hasta llegar á vernos, como hoy, amenazados de un total aniquilamiento; ese pueblo, debe culparse á sí mismo; porque de su seno salen los hombres corrompidos que todo lo infectan con su contacto, y debe procurar regenerarse, olvidando disensiones que á nada conducen, sino es, á satisfacer ambiciones egoístas y apetitos desordenados que no se sacian nunca; aunque para satisfacerlos, tengan necesidad de apelar á los actos más ilícitos y más dignos de reprobación en todos los pueblos cultos.

Salga España de esta abyección en que vive; que los tres elementos principales que constituyen la riqueza de una Nación, como son, la *inteligencia*, el *capital* y el *trabajo*, se unan con lazos indisolubles, estableciéndose entre todos sus individuos la confianza recíproca, para emprender obras útiles y provechosas, y acometer grandes empresas, que, sólo hoy están reservadas á los extranjeros que nos explotan, considerándonos como parias y miserables indígenas en nuestra propia Patria, y obtendremos fabulosas ganancias de interés general; irá desapareciendo poco á poco la tendencia que

hoy predomina de vivir por medio de intrigas políticas para coger buenos puestos, aun á costa de atropellar todos los derechos legales y morales, que hayan podido establecerse por todos los legisladores habidos y por haber.

En una palabra; un pueblo honrado, laborioso y bien educado en todas las fases de la vida, tendrá necesariamente un gobierno justo, recto y bueno, que administre de una manera digna los sagrados intereses, que, un pueblo así, ponga bajo su custodia.

Mientras esto no suceda, no esperemos salir de la aflictiva situación en que nos encontramos.

Sea nuestro lema: ORDEN, JUSTICIA, MORALIDAD.

A unos ojos.

Ojos negros ardorosos
de indecible claridad
¿Por qué me sois desdeñosos
si sois ojos tan hermosos
que robais la libertad?
Ojos sin duda robados
á los huríes del Eden,
no me mireis desdeñosos
pues no están bien hermanados
la hermosura y el desdén.

J. P.

LA RENOVACIÓN PROVINCIAL

¿Desde el año 94 y al finalizar el año 98, dejáis los puestos, diputados provinciales; cuatro años estuvisteis ejerciendo el cargo y otros tantos preparándoos para mantener vivo el fuego sacro del engaño y superchería política!

¿Bien hayan los destinos de los pueblos y la honrada administración de los intereses provinciales! Unos, habeis aspirado á la reelección; otros, cedisteis el campo á nuevos representantes, si no por voluntad expresa, por mandato de la ley, y ni unos ni otros, llevásteis al seno de aquellas representaciones lo necesario, que eran las energías beneficiosas, ni lo noble y lo grande, que son las ideas y el amor á los pueblos que os honraron con sus sufragios.

¿Qué habéis hecho? Contestad; poner la mano sobre vuestra con-

ciencia, despertad el corazón si una y otro tenéis, mirad al cielo, á ese bello dosel que cubre las obras de los hombres, las humanas injusticias, las miserias y pequeñeces de esta eterna inmoralidad española, y responded: ¿Qué hicisteis? ¿Habeis acaso consagrado la hermosa función del diputado? ¿Habeis dignificado vuestra misión? ¿Habeis realizado vuestro fin? ¿Habeis pagado al pueblo? No contestais; sois hijos irrespetuosos de la representación que os engendrara en la elección popular, permanecéis sordos á todo llamamiento del deber político que os obligásteis á cumplir, sois los mismos de hace veinte años; el egoísmo, el abandono, las concupiscencias del poder, la ambición personal, todo, todo antes que el pueblo, que su administración, que su bienandanza, que su felicidad.

¿Qué representan ya esos organismos en la rueda de la administración del Estado?

Significan la existencia vigorosa de la inmoralidad que corroe toda nuestra administración, el entorpecimiento que pone la influencia á todo lo que respecta con las corporaciones municipales poco afectas ó enemigas del diputado á cortes y el arma de dos filos que se exprime contra todos los hombres honrados, que reniegan de los procedimientos vergonzosos que practican, los que sin educación política, sin profesión liberal y sin cultura social, escalan puestos que por su tecnicismo y práctica de la legislación política y administrativa, exigen de consuno aptitud y moralidad, para dar cima á las graves cuestiones que desde su creación, están llamadas á resolver esos organismos intermedios de la administración pública.

¿Dónde y cómo se realizaron los elevados fines de las diputaciones provinciales? Donde se consagró lo que Chateaubriand llamara bendición de Dios, esa espiritualidad de la vida, el rasgo más hermoso del corazón, el consuelo de la Beneficencia? Donde arrojásteis esas

cuantiosas sumas, esos contingentes provinciales, que en grado tan ínfimo dejásteis la cultura y tan mal y penosamente enjugásteis el trabajo de los maestros encargados de propagarla y difundirla? ¿Dónde se halla vuestra iniciativa para fomentar las otras vías y construcciones de carácter provincial y dónde la savia y el beneficio que avivan y fortalecen las aspiraciones de los pueblos, haciendo menos pesadas las abrumables cargas y contribuyendo de modo directo al aumento de su producción y al fomento notorio de su riqueza?

¡Ah! Si la política es el arte de gobernar á los hombres y la administración, la cantidad de medios y la regulación de servicios para ultimar los fines del estado, porque ¿no os sonrojais, al ver tanto desgraciado sin asilo, tanto enfermo sin hospitales y, para mayor vergüenza ¡el marco de la *inmoralidad*, encerrando el sombrío fondo de la *ignorancia!* marcada tendencia y signo característico de la degeneración y decadencia de un pueblo; «los pueblos se abisman en sus propios infortunios, decía Montesquieu, mas que por la miseria por la ignorancia»; un pueblo degenerado y abyecto, reniega de la libertad que significa, para subyugarse ante la odiosa esclavitud que le envilece; y así como al individuo empedernido la sociedad le arroja de su seno señalándole con el estigma de la reprobación, á los pueblos que débiles y enfermos sufren la coyunda vil del servilismo y se axfisan en el lodazal de su inmundicia y se resignan á ver hollados sus fueros y perdidas sus albas libertades, el progreso de la vida, el concierto de la cultura humana y la moral universal, los arrojan de su cauce y expulsan de su seno, como enemigos implacables de la justicia humana.

¿Días de prueba contribuisteis á preparar á España! ¿Cuando contempleis el infortunio que viene de afuera y el temor y desgracia que nos sepultan en el interior, ¡qué remordimiento sentiréis en el alma